



ISTITUTO PIA SOCIETÀ
FIGLIE DI S. PAOLO
CASA GENERALIZIA
Via S. Giovanni Eudes, 25
00163 Roma
Tel. 06.661 3039 - Fax 06.661 57 208



Queridas hermanas:

Ayer por la noche, a las 21,30 (hora local), en la enfermería de la comunidad “Divina Provvidenza” de Roma, Cristo resucitado ha llamado a contemplar para siempre su gloria a nuestra hermana

**CONCILIO MARIA hna. MARIA BERNARDA
nacida en Caprecano (Salerno) il 25 ottobre 1936**

Desde algunos días hna. M. Bernarda se encontraba en estado comatoso del cual era difícil definir su causa a pesar que sufría desde muchos años el mal de Crohn. Así, bastante rápido, se ha ido, a vivir la intimidad con el Maestro que ha deseado toda su vida. En efecto, escribía como conclusión de un curso de ejercicios: «Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida debe estar siempre al centro de mi mente, de mi voluntad, de mi corazón, para crecer y abundar en amor fraterno y en humildad».

Desde su ingreso en la congregación en la casa de Roma, el 8 de diciembre de 1955, las formadoras reconocían en ella la docilidad, el fervor, la preocupación por aprender de todo y de todos. Sobre todo se percibía su fuerte deseo de cultivar el recogimiento y la vida interior. El 30 de junio de 1959, al terminar el noviciado, vivido en Roma, emitió la primera profesión en el Santuario “Regina Apostolorum”. Después de haber dedicado algún tiempo a la confección de hábitos, en la gran sastrería romana, fue integrada a la comunidad de Ascoli Piceno para desarrollar la misión itinerante. En ese tiempo escribía: «Soy siempre más feliz de estar en esta hermosa congregación que me ofrece tantos medios para hacerme santa... Tengo mucha fe en la Virgen y estoy segura que con ella estaré disponible para superar las pequeñas dificultades de la vida y vivir en plenitud mi vocación».

Otra misión, muy luego, la esperaba en el lejanos Oriente. El de 3 de septiembre de 1964, después de algunos meses de la profesión perpetua, zarpaba a Seúl, en una nave mercante, junto a hna. Angela Sotgiu. El largo viaje desembarcó en las costas de Corea, el 20 de noviembre. Así, recordaba ese tiempo inolvidable: «Me incliné a besar esa querida tierra que tanto he deseado conocer desde niña. No conocía nada, todo me parecía diverso, la comida, los vestidos, el idioma... Pero me sentía en las manos de Aquel, al que le había ofrecido mi vida con la certeza que no me abandonaría».

La hna. M. Bernarda, tenía una gran confianza en el “Pacto” y fuerte de esta confianza en Dios, ha superado cada dificultad, incluso el aprender un idioma para ella muy difícil. En Seúl, luego se le confía la responsabilidad de la encuadernación, además la difusión itinerante y el compromiso con la formación de las jóvenes aspirantes y postulantes. En poco tiempo tuvo la gracia de entrar en el corazón de aquellas jóvenes que especialmente admiraban su testimonio de vida. El “Pacto” hacía fácil incluso lo que podía parecer difícil. Ya estaba integrada plenamente en la realidad coreana cuando, en 1979, después de quince años de vida misionera, por motivos de salud, debe retornar a Italia. Recordando la riqueza de esa experiencia, escribía: «He sentido fuerte que alguien la puesto su mano sobre mí, que ha caminado conmigo, que me ha conducido así como un Padre lleva un niño».

Se integró con simplicidad y mucho amor en la casa general y luego en la casa provincial de Via Vivanti y después en la casa del “Divin Maestro” desarrollando, por treinta y cinco años seguidos, un valioso servicio en sastrería y en sacrestía. Prestaba una particular atención al brillo y a la belleza de los linos sagrados y a los ornamentos, pero era sobre todo estaba atenta para que los diversos momentos litúrgicos fueran vividos con plena participación. Atesoraba un profundo amor por las hermanas coreanas, se sentía realmente coreana en su corazón y no dejaba ocasión para telefonar, pedir noticias o estar presente de mil maneras. También sentía la responsabilidad de solicitar oración por los diversos eventos de congregación, poniendo en el foro programas y fotos que pudieran recordar las iniciativas que se estaban viviendo en cada parte del mundo paulino.

En el año 2015, con sufrimiento, debió dejar la casa provincial e integrarse en la enfermería de la comunidad “Divina Provvidenza”. Ya no podía hacer otra cosa que rezar y lo hacía de forma insistente valorando especialmente la oración del “Pacto” y el “Recíbeme”. Confiaba sentirse bien ante Jesús... y a él confiaba especialmente las vocaciones, todas las vocaciones del mundo. El corazón de hna. Bernarda ardía de amor y es hermoso pensar que en este Tercer Domingo de Pascua, el Maestro Divino le haya abierto también sus ojos para que pudiese finalmente reconocerlo y contemplarlo en la eternidad.

Con afecto.


Hna. Anna Maria Parenzan

Roma, 26 abril de 2020.